

**UN DICCIONARIO EN NEGRO. EL LEXICÓGRAFO
JUAN PABLO SOJO**

*Francisco Javier Pérez
Academia Venezolana de la Lengua
Universidad Católica Andrés Bello
fperez@ucab.edu.ve*

Cultura popular y diccionario

Resulta casi una verdad de innecesaria demostración el principio que formula el parentesco entre los diccionarios y la visión, nítida o velada, que ofrecen de las culturas, las sociedades, la historia y, en definitiva, la vida que retratan con esa minuciosa descripción que hacen de las palabras. Éstas, por su parte, nos hablan también de la vida, la historia, las sociedades y las culturas en donde tienen existencia, rumbo y destino. Si en esta consideración hacemos entrar lo que entendemos por “cultura popular”, eso que de más genuino y auténtico poseen los grupos humanos, y lo asociamos a la descripción que los diccionarios están ordenando, arribamos a la idea de que lo popular no puede quedar al margen de lo que ellos pretenden. Al contrario, son los diccionarios elocuentes divulgadores de lo que en las culturas, a través de la lengua, queda grabado como determinante. Aquí las simples palabras que el texto diccionariológico explica nos relatan la expresión verdadera de lo que un pueblo siente como imagen fidedigna, representativa y representable. Son el final de un viaje cuyo itinerario une la referencia con el símbolo.

Muy temprano, nuestros diccionaristas y estudiosos de la materia popular se adueñaron de estas ideas y propusieron las primeras descripciones léxicas sobre un corpus recogido de primera mano o resumado de los

cancioneros populares. Arístides Rojas, Adolfo Ernst, José E. Machado, sólo por mencionar tres nombres muy grandes, pueden figurar como iniciadores de las preocupaciones por el lenguaje criollo desde la investigación folklorista.

En general, estos estudios fundadores tuvieron una significación muy destacada como abastecimiento léxico de las recolecciones iniciales de la variante venezolana de nuestro español. Efectivamente, la más notable de todas, llevada a cabo por Lisandro Alvarado en los primeros años del siglo XX, se vio fuertemente condicionada por la presencia de estos pequeños repertorios que, como una contradicción, significaban una gran apertura al universo de lo propiamente venezolano inscrito en la lengua.

La vía afianzada por Alvarado propulsó acercamientos más firmes. Es así como, a partir del año 1930, la investigación léxico-folklorica adquiere ya unos visos de solidez que no hubieran podido sostenerse antes. Comienza, además, a producirse una literatura sobre estos temas. La literatura nacional en narrativa, junto a una profusa producción poética, deja sentir su arraigo popular. Las vanguardias literarias se erizan en la contradicción que suponía este auge que, poco a poco, ellas también van a incorporar. Esta presencia de la materia popular como base del texto literario será respaldada con la confección de repertorios léxicos que, desde las primeras publicaciones científicas y académicas sobre el tema, harán su aparición en su carácter de textos publicados. Así, la *Revista venezolana del folklore* y los *Archivos venezolanos del folklore* recibirán muchas y variadas colaboraciones de estirpe lingüística y lexicográfica.

En este momento, los trabajos de Miguel Acosta Saignes, directa o indirectamente ocupados del lenguaje afrovenezolano, llenan una época con insumos nuevos, métodos sugestivos y perspectivas vírgenes para el estudio de la materia negra en Venezuela. Antropología, etnografía, historia, sociología, literatura y lingüística vienen, en la concepción de este estudioso de méritos asombrosos, a reunirse para entender lo que las culturas negras significaron y significan en la constitución del país y, aún más, para su comprensión definitiva. Una singular característica de su trabajo fue la inspección paralela de lo indígena y de lo negroide, en

contraste agudo con la coloratura hispánica, sin que esto estuviera hablando de bobos exclusivismos ni de etnocentrismos propagandísticos. Al contrario, lo indio y lo negro fueron y son motivos centrales para el conocimiento de la cultura venezolana, una y múltiple como toda cultura. Algunos de sus títulos están aún esperando los acercamientos lingüísticos que los potencien en esta dimensión de la investigación espiritual: *Elementos indígenas y africanos en la formación de la cultura venezolana* (1955), *Vida de negros e indios en las minas de Cocorote, durante el siglo XVII* (1956), *Gentilicios africanos en Venezuela* (1960), *La trata de esclavos en Venezuela* (1961) y, el clásico y muy estudiado libro, *Vida de los esclavos negros en Venezuela* (1967).

En esta línea de trabajo en donde cultura popular y lingüística se hermanan, el reciente *Diccionario de cultura popular*¹, obra maestra del reconocido etnohistoriador Rafael A. Strauss K., incorpora en su dinámica de descripción el tópico relativo al léxico criollo desde la consideración de la investigación folclorológica. El origen y desarrollo de los estudios sobre el léxico venezolano desde los primeros tiempos hasta el presente ha sido estudiado valiéndose del recuento de los textos y estudios canónicos y, especialmente, de aquellos que han subrayado la materia popular. Aquí, el seguimiento de las fuentes lexicográficas y lexicológicas se entiende como rastreo de las unidades léxicas que se afianzaron en la cultura lingüística del pueblo. El énfasis, por tanto, no recae en las obras como tales, sino en las mismas unidades léxicas que se divulgaron y explicaron en estos trabajos. Una lista con las más relevantes, además, nos ilustra sobre el sentido profundo del análisis léxico que propicia la investigación sobre la cultura popular por la vía lingüística: *alboroto, bululú, canapial, chulo, culipandera, cursi, guá, majunche, mapuritear, muérgano, peladera y pepazo*; junto a una selecta parentela de unidades fraseológicas, expresiones y gentilicios².

¹Rafael Strauss k.. Diccionario de cultura popular. 1999.

² Ídem; Francisco Javier Pérez. Diccionario de cultura popular. 2002. pp. 381-385.

El estudio que hoy se acomete busca acercarse a los trabajos lexicográficos elaborados por Juan Pablo Sojo (1908-1948), uno de los autores sustantivos en la historia de la investigación folklórica en Venezuela, para privilegiarlos como notables muestras en la producción lexicográfica de los pequeños dominios y de la importancia que esta producción ofrece en la reconstrucción de la historia de los diccionarios venezolanos. Para cumplir con este cometido, se propone una ordenación de sus materiales en un texto lexicográfico unitario y, como entorno metalexigráfico, se someten a discusión algunos de sus rasgos técnicos y de sus logros.

Evaluación de los textos

Como lexicógrafo, Sojo es autor de dos obras: 1) el “Glosario”, sin título, que funciona como apéndice léxico de su novela *Nochebuena negra*³; y 2) el “Material para un glosario de afronegrismos de Venezuela”⁴. En ambos casos, estamos en presencia de textos concientes de su carácter subsidiario, uno, de la narración novelística; y, el otro, de una obra de proporción diversa que busca asentar las delicias geo-culturales del estado Miranda, en donde había nacido el autor, y que representa el nacimiento de Barlovento como enclave de la espiritualidad africana en Venezuela.

Una evaluación del conjunto léxico y de la estructura general de los dos textos obliga a observar la significación de algunas cifras y a potenciarlas cualitativamente. En este sentido, el “Glosario” de *Nochebuena negra* está compuesto por 73 unidades, entre lemas y sublemas. “Materiales para un glosario de afronegrismos de Venezuela”, por su parte, se impone exigencias mayores al describir un conjunto superior a las 300 unidades,

3 Juan Pablo Sojo. Temas y apuntes afro-venezolanos. 1943.

4 Juan Pablo Sojo. “Material para un glosario de afronegrismos de Venezuela”. En *El Estado Miranda. Su tierra y sus hombres*. 1959b, pp. 355-369.

computadas igualmente entre lemas principales y sublemas. Resulta así el conjunto de afronegrismo más abundante de cuantos se hayan elaborado hasta el presente⁵. Estos dos trabajos de Sojo nos hablan de dos tipologías diferenciadas del trabajo lexicográfico y sobre la base de estas precisiones deben ser medidos sus alcances y refinamientos descriptivos.

La primera de ellas guarda relación con una curiosa y productiva actividad lexicográfica: los anexos lexicográficos a obras literarias. Se trata de una indagación por los umbrales del léxico regional o coloquial asimilado al texto narrativo y, además, de la exploración de cómo la materia léxica de una obra literaria ofrece más de una posibilidad para entender el texto literario mismo. En otras palabras, no sólo estos glosarios, en apariencia añadidos prescindibles, explican el léxico raro o exótico utilizado en el aparato lingüístico de una obra literaria, sino que, agudamente, se integran al texto literario mismo y ejercen en él y junto a él un diálogo de fructíferos alcances. Es así, irrenunciablemente, en el glosario de Sojo para su novela *Nochebuena negra* en desarrollo de un tipo de diccionario que viene desde los tiempos de la novela *Peonía* de Manuel Vicente Romero García.

⁵ Los aportes previos son breves y muy escasos. Tendría que mencionarse el trabajo de J.A. Rodríguez para *De Re Indica*, en 1918: "Folklore venezolano". Los posteriores son, aún, fragmentarios y raros en los espacios académicos de la investigación lingüística. Sería el caso de: *Una visión de Barlovento* (1969), de Fernando Madriz Galindo, muy rico en materia léxica y paremiológica. Entre los privilegiados casos de estudios modernos dedicados a esta materia, aunque transitando espacios muy distintos, no puede dejarse pasar los trabajos de Michelle Ascensio y de Alexandra Álvarez. De esta manera, las recolecciones fundadoras llevadas a cabo por Sojo se han mantenido como vocación rara en la consideración de la materia afronegroide venezolana en torno al lenguaje. Respondiendo a otros intereses, habría que hacer referencia a la tesis de licenciatura elaborada sobre el patois de Güfria por María Luisa Llorente, de la Universidad Católica Andrés Bello. Lamentando que la estudiosa no siguiera esta línea de investigación, al menos ha ofrecido una exposición con sus resultados (Llorente 1995). También, al reciente trabajo de Mary Carmen Alvarado, quien ha presentado en la Universidad Pedagógica Experimental Libertador/ Instituto Pedagógico de Barquisimeto, una tesis de maestría en lingüística sobre materia de afronegrismos: "Glosario de afronegrismos usados en el Municipio Veroes del Estado Yaracuy" (2004).

Una dilatada estirpe de trabajos continuaron, incluyendo los de Sojo, el intento desprevisto del célebre novelista del siglo XIX, desde Teresa de la Para, Rómulo Gallegos y Arturo Uslar Pietri, hasta la más reciente actualidad⁶.

6 Teresa de la Parra (“Lista de los principales venezolanismos y americanismos que se hallan en este libro”, *Las Memorias de Mamá Blanca*, 1929), Rómulo Gallegos (“Vocabulario de los venezolanismos que no figuran en los últimos diccionarios de la lengua española”, segunda edición de *Doña Bárbara*, 1930), Arturo Uslar Pietri (“Vocabulario de venezolanismos no contenidos en el Diccionario Manual e Ilustrado de la Lengua Española, de la Real Academia [Espasa-Calpe, 1927]”, *Las Lanzas Coloradas*, 1931), Alberto Arvelo Torrealba (“Algunos vocablos de uso regional que aparecen en este libro”, *Cantas*, 1933; “Vocabulario”, segunda edición de las *Glosas al Cancionero*, 1950; “Glosario”, *Poemas infantiles*, 1995), Andrés Eloy Blanco (“Breve vocabulario criollo”, *Angelitos negros y otros cantares*, 1937; “Explicaciones de algunos vocablos regionales”, *Baedeker 2000*, 1938), Mariano Picón Salas (“Glosario: Algunas palabras criollas empleadas en los relatos”, segunda edición de *Odisea de Tierra Firme*, 1940; “Glosario de algunos venezolanismos”, *Viaje al amanecer*, 1943), Juan Pablo Sojo (“Vocabulario”, *Nochebuena Negra*, 1943), Antonio Arráiz (“Vocabulario”, *Tío Tigre y Tío Conejo*, 1945), Ramón Díaz Sánchez (“Breve vocabulario”, *La virgen no tiene cara*, 1946), Antonia Palacios (“Vocabulario”, *Ana Isabel, una niña decente*, 1949), Mario Briceño-Iragorry (“Glosario”, *Los Riberas*, 1958) y, hasta el novelista español Camilo José Cela (“Vocabulario de venezolanismos usados en esta novela”, *La Catira*, 1955), José León Tapia (“Glosario”, *Maisanta. El último hombre a caballo*, 1976; “Vocabulario” [elaborado por Edgar Colmenares del Valle], *Los vencidos*, 1991), Francisco Herrera Luque (“Glosario”, *Los amos del Valle*, 1979; “Glosario” y “Refranes y locuciones venezolanas”, *Boves, el urogallo*, 1980; “Glosario”, *En la casa del pez que escupe agua*, 1980), Pascual Venegas Filardo (“El lenguaje del venezolano de hoy”, 1980; “El español que hablamos en nuestra América”, 1983; “Perspectivas. Distorsión idiomática en Venezuela”, 1986), Velia Bosch (“Léxico de la novela”, *El recluta* [Virginia Gil de Heramos], 1980), resultan los difusores más activos de la lengua de Venezuela en aquellos años. Junto a ellos, las voces de Udón Pérez (“La venganza de Taurepara”, 1904; *Ánfora criolla*, 1913), Ildefonso Vásquez (*La Maracaída*, 1910), José Heriberto López (*Cuentos de Acero*, 1920), Ada Pérez Guevara (*Tierra Talada*, 1939), Agustín García (*Farallón*, 1939), Federico Landaeta (*Rastrillo*, 1939), J. Quintero Quintero (*Muros*, 1942), Eduardo Oxford-López (*Células Nuestras*, 1943), Arturo Briceño (*Balumba*, 1943), Aristyde Calcaño (*Macaurel. Drama folklórico*, 1943), Rafael Díaz Fermín (*Américo América*, 1949), Daniel Uzcátegui Ramírez (*Un palmo de buena tierra bajo el cielo*, 1953), Luis F. Prato (*Mi coronel*, 1953), Tito León (*La Tierra Mía*, 1955), Luis Arturo Domínguez (*El polo coriano y sus variedades*, 1955), Alí Brett Martínez (*Aquella Paraguaná*, 1971; *Paraguaná en otras palabras*, 1974), Leopoldo Camejo H. (*La venganza de El Zaino*, 1982), José Salazar Domínguez (*Güesped*, s.f.), tienen también importancia ya que responden, casi siempre desde los espacios extracapitalinos, al replanteamiento de lo regional y su aporte a la lengua nacional. El estudio de estos vínculos entre literatura y lexicografía ha sido, además, motivo de trabajos de inspección por parte de estudiosos como Tulio Chiossone (*Léxico y refranero de “Tierra Nuestra” de Samuel Darío Maldonado*, 1972) y Jaime Tello (“Glosario de *Canaimá*”, 1985). En 1980, la escritora Velia Bosch publicará un *Léxico de la novela*.

El segundo texto responde a intereses lexicográficos diferentes. Al no mantener una relación subsidiaria con otro texto matriz, establece sus propias pautas de análisis léxico y busca transitar espacios más cercanos en técnica y perspectivas con los de los diccionarios de pequeños dominios lexicográficos. Esto quiere decir que Sojo, aquí, ha establecido sus propios mecanismos técnicos para explorar el léxico afronegroide venezolano y ha logrado construir así el primer producto moderno en esta parcela del saber léxico venezolano. Gracias a este trabajo vamos a encontrarnos con una rica recolección de afronegrismos de origen y con una solvente propuesta lexicográfica que los decodifique en su doble naturaleza lingüística y cultural.

Un recorrido conceptual por estos textos nos haría ver la riqueza de la recolección léxica que se han propuesto y la sugerente descripción que muchas de esas unidades léxicas han permitido ensayar por primera vez en los espacios de la lexicografía venezolana. Para lograr lo uno y lo otro, Sojo se ha detenido a estudiar las fuentes lexicográficas canónicas, expurgándolas de los insumos en materia de afronegrismos.

Más allá de estas minas lexicográficas que Sojo ha explotado haciéndoles el interrogatorio afronevenezolano que le interesa, su propio aporte viene a completar el cuadro más notable que hasta la fecha se tenga sobre asunto lexicográfico de tanta importancia. Haría falta, entonces, revisar críticamente el repertorio y evaluar las tonalidades con las que las explica y pondera alguna de las unidades léxicas que le dan forma.

Quizá, la primera anotación que esta revisión crítica impone es el de destacar que si bien el grueso de las voces pueden considerarse afronegrismos de uso venezolano, algunas de ellas (o al menos los artículos formalizados) deben clasificarse como indigenismos. Así, los casos de los lemas-artículos: *arepa*, *Cariaco*, *macuto*, *Maiquetía* y *plátano*, entre otros. Por lo general, se trata de sublemas que Sojo ha tratado en el cuerpo explicativo de lemas correspondientes a afrovenezolanismos de indiscutible clasificación.

Asimismo, surgen algunas dudas en torno a similares orígenes clasificatorios con voces que más bien deben entenderse como nuevas

acepciones de vocablos españoles. Venezolanismos generales, en suma casi todos ellos, podrían anotarse: *achantarse, arriero, azariento, berenjena, gago, pataruco, pichaque, piche, pichirre, pinga, piñazo, rasca, zorrocloco*. Para Sojo, estas voces son consideradas afrovenezolanismos por su vinculación a realidades de aparición frecuente en la etnografía negra de Venezuela. Responden, en gran medida a una aplicación del criterio metodológico que interpreta y estudia simbióticamente “palabras y cosas”. De ahí, pues, que voces hispánicas entren en circulación en el marco de la investigación africana en la lengua del país, más por sus resemantizaciones etnográficas que por sus orígenes lingüísticos formales. Por otra parte, se trata de la aplicación de los criterios generales de asignación de americanismos léxicos, en donde lo distintivo semántico es tan válido como lo distintivo formal, a cuya teoría Sojo no se ha acercado expresamente en sus trabajos, pero que están funcionando en la base de ellos.

El conjunto, muy por encima de estas puntualizaciones, no hace sino reseñar la vida de un léxico venezolano de origen africano vivo y activo en la lengua general del país. Son, a este respecto, muchos los momentos felices que los trabajos léxicos de Sojo nos ofrecen como consolidación de esta estirpe, en los sonidos orgullosos de su corazón emocionado de investigador y cultor de estas materias. Desfilan por este cuerpo lexicográfico, entidades léxicas de todos los ámbitos tipológicos: nombres de lugar (*Apa, Araira, Birongo, Caraballeda, Carapita, Chirimena, Merecure*), nombres comunes (*guarapo, paguara, sancocho*), nombres de persona (*Arai, Bimba, Guaricongo*), nombres de plantas (*Árara, átata, ñame*), nombres de animales (*arrierita, balijú, cotara*), coloquialismos (*anjá, bacié, burundanga, canfínfia, cunene, chinga, macán, reláfica, sigüi*), fórmulas de tratamiento (*quilimbombo, quiriquiriño*), nombres tabú (*signar*), nombres etnográficos (*arrenquín, bancari meme traqui, cambullón, chimbanguela, ololé, yali yali, zumba que zumba*), nombres culinarios (*alfondoque, cafunga, calalú, mondongo, piñonate*) y nombres míticos (*cócora, chimbí, Malabí maticú lambí, mandinga*).

El repertorio sobre el que Sojo posa su atención es, además, el más indicado muestrario de los colores de la lengua negra de Venezuela o,

mejor dicho, uno de sus colores más resaltantes. Cromatismos léxicos, muchas de estas voces nos hablan sin pretenderlo de los matices que aporta esa lengua negra a la lengua general de Venezuela. Sin referir las patentes vinculaciones que construyen las voces sobre tópicos etnográficos o folklóricos, las de alimentos y creencias, son las de naturaleza léxica coloquial las que mejor nos refieren los alcances de esas pigmentaciones. Ahí han quedado, en la inspección de Sojo, la procedencia africana de *cunene*. Originalmente, nombre de lugar en África, viene en Venezuela a ser un calificativo, cariñoso o despectivo, de una persona pequeña, por lo general referido a un niño. La *canfinfia* es, por su parte, representante de la larga estirpe venezolana del desorden y del alboroto. Para *macán* encuentra nuevos significados. Adicionales al consabido “fastidio insistente”, lo entiende como algo mal hecho o hecho a la carrera. El repertorio de los débiles de entendimiento es caracterizado por el *mapleto* y el *mampleto* a los que define, sobriamente, de “tonto”. A este bobo no pueden acompañarlo sino el ebrio y el charlatán. Mundos tan venezolanos y tan humanos, les dedica atención a la criollísima *rasca* y, muy especialmente, a la *reláfica* que, llanamente, define como “palabrería”. Y, para no abundar más, corona este trazado cromático de actitudes venezolanas en la lengua con la voz *sigüí*, reina indiscutible en la corte de la servidumbre y la adulación⁷.

En suma, el universo léxico que Sojo reúne y explica dibuja un cuadro diccionariológico de lo negro en la vida venezolana léxica y cultural, tanto en sus trasvases más visibles como en los más escondidos. Cada una de estas voces es una huella que traza el recorrido de los enclaves negros en la esfera nacional grabados por la mediación de las palabras y de los viajes que éstas emprenden por la geografía humana del país. Alimento del torrente sanguíneo de la lengua venezolana, le ofrecen una continua y renovada circulación espiritual.

⁷ A ellas ha dedicado Francisco Pimentel (Job Pim) sus dos memorables trabajos lexicográficos: *Enciclopedia Sigüí* (1916) y *Enciclopedia Espesa (antes sigüí)* (1931). En esta última, define la voz *sigüí* con estas notas burlescas: “Satélite, persona de poca calidad, que anda siempre en torno de las gentes principales” (Pimentel 1931: 40).

Diccionario en negro

En las culturas, los colores siempre han jugado papel estelar. Afortunado o cruento, de acuerdo a los casos, son ellos los que nos marcan los rumbos a seguir y, más aún, los destinos a alcanzar. En las lenguas, también los colores raciales ocupan delicados y sustantivos espacios para el conocimiento cultural. Gracias a ella es posible una etnografía cromática que pigmenta con afectos o con odios los recorridos de los hombres. Las palabras que usamos y los que nos las describen, en consecuencia, vienen a dejar asentados los procesos de resentimientos y repudio en donde los etnocentrismos se sienten a gusto. Tienen, en definitiva, colores gratos o inarmónicos las culturas, las lenguas y los diccionarios.

Por otra parte, son Diccionarios con colores los que queremos. Aunque sean dañinos a nuestros ojos y a nuestros corazones, buscamos que los diccionarios nos coloren con la paleta diversa y encantadora que poseen. Los otros diccionarios, grises y planos, no nos representan en la lengua, sino en los virtuosos vericuetos de las técnicas de elaboración. Son hijos de una lingüística de laboratorio que rechazamos.

Es a los primeros a los que está respondiendo el trabajo lexicográfico de Sojo y es, con el cuidado de no incurrir en tecnicismos lexicográficos, con el que tenemos que entender hoy el maravilloso *diccionario en negro* que nos legó.

Cuando Jesús Olza prologa el *Diccionario del habla actual de Venezuela* (1994), elaborado por Rocío Núñez y Francisco Javier Pérez, ofrece una sugestiva lectura de los valores de esta obra desde el color azul. Lo califica de *diccionario en azul* en alianza con el soneto “Azul” del escritor cumanés Cruz Salmerón Acosta, poeta de mar. Es una interpretación de la profusa y natural presencia del mar en el habla de Venezuela, cuya lengua española provino del mar y de los marineros, y se ha seguido haciendo del mar que la circunda, tanto en las playas del Caribe como en las del Llano o la selva, mares de otros colores.

Valiéndonos de estas lecturas, hoy queremos proponer la de un *diccionario en negro* gracias a Juan Pablo Sojo. Ya no es más un diccionario de lo negro o de los negros. Ya no es más un diccionario negroide o afronegroide. Ya no es más un diccionario para un sector

cultural del país. Ahora, quiere ser un diccionario venezolano más. Un diccionario con las palabras que usamos todos y todos los días. En él se recogen y explican voces que nos cuentan historias de hombres y de cosas, voces que nos hacen pensar en nuestros sentimientos más generosos, voces que son la savia fructífera de nuestras vidas. Magistral y mágicamente, Sojo ha logrado estos cometidos, y he ahí el sentido de su labor lexicográfica y cultural, recogiendo y explicando las voces más auténticas de su propio mundo de hombre negro de Barlovento.

Por Sojo, la lexicografía venezolana comienza a establecer este tipo genuino de nexos de estudio que formula sus principios siguiendo el pulso marcado por el corazón mismo de la lengua, que no indaga en orígenes y que no discrimina sus usos guiados por tecnicismos o legislaciones lingüísticas. En otras palabras, gracias a Sojo, definitivamente nuestro estudio de la lengua de Venezuela quiere aposentarse en la zona más medular de su naturaleza lingüística. Gracias a él, también, que en independencia del color de los hablantes, hablamos una lengua que es felizmente múltiple y diversa, y no, como quiere cierta especie de lingüística, lengua dispersa y sectorizada, pura invención de la ciencia. Al contrario, ya sabemos, y ésta es una de las deudas que la lingüística venezolana tiene con Juan Pablo Sojo, que tenemos un diccionario en negro, otro en azul y otro en verde, quizá los verdaderos colores de nuestra vida venezolana.

Referencias bibliohemerográficas

CARDOZO, Lubio y Juan PINTÓ (coord.). "SOJO, Juan Pablo (1907-1948)". En *Diccionario general de la literatura venezolana (Autores)*. Mérida: Universidad de Los Andes, 1974. pp. 725-729.

LHAYA, Pedro. *Juan Pablo Sojo. Pasión y acento de su tierra*. Caracas: Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes, 1968. (Biblioteca Popular Venezolana, 115).

LISCANO, Juan. "En la muerte de Juan Pablo Sojo". En *El Estado Miranda. Su tierra y sus hombres*. Caracas: Ediciones del Banco Miranda, 1959. pp. 211-215.

LLORENTE, María Luisa. “El patois de Güiria: una lengua criolla del estado Sucre”. En *Montalbán*, Caracas, Nº 28, pp. 7-21; 1955.

PÉREZ, Francisco Javier “STRAUSS K., Rafael. 1999. *Diccionario de cultura popular*. Caracas: Fundación Bigott. (2 vols.)”. Reseña en *Montalbán*, Caracas, Nº 35, pp. 381-385; 2002.

PIMENTEL, Francisco (Job Pim). *Enciclopedia Espesa (antes Sigüí)*. Caracas: s.e., 1931.

SOJO, Juan Pablo. *Temas y apuntes afro-venezolanos*. Caracas: Tip. La Nación (Cuadernos Literarios de la Asociación de Escritores Venezolanos, 1943 (43).

_____. 1959^a. “Selección de algunos trabajos literarios, lingüísticos y de investigación folklórica”. En *El Estado Miranda. Su tierra y sus hombres*. Caracas: Ediciones del Banco Miranda, pp. 209-375.

_____. 1959b. “Material para un glosario de afronegrismos de Venezuela”. EN *El Estado Miranda. Su tierra y sus hombres*. Caracas: Ediciones del Banco Miranda, pp. 355-369.

_____. “Vocabulario”. En *Nochebuena negra*. Caracas: Empresa El Cojo s.a./ Gobierno del Estado Miranda/ Ediciones Casa de la Cultura (Los Teques), 1968. pp. 315-320.

_____. “Vocabulario”. En *Nochebuena negra*. Caracas: Monte Ávila Editores, 1972. pp. 314-319.

_____. “Juan Pablo Sojo Rengifo”. En *Diccionario de Historia de Venezuela*. Caracas: Fundación Polar, 1988. Tomo III. (1era. Edición)

_____. “Juan Pablo Sojo”. En *Diccionario de historia de Venezuela*. Caracas: Fundación Polar, 1997. Tomo III. (2da. edición)

STRAUSS K., Rafael A. “El folklore”. En *La cultura de Venezuela. Historia mínima*. Caracas: Fundación de los trabajadores de Lagoven, 1996. pp. 213-233.

_____. *Diccionario de cultura popular*. Caracas: Fundación Bigott, 1999. (2 vols.)



Patrimonio del Museo de la Memoria y la Cultura Oral Andina. Galería de la Imagen.
Exp. *Tradiciones y Festividades*. San Benito en el Sur del Lago.
Mérida Estado Mérida. Fotografía: Henry Ramírez.